

poderoso. Siempre va muy mal vestido, y cuando recibe de regalo una hermosa pelliza ó algun otro objeto, se lo da al que a la sazón tiene al lado. El refran beduino que dice que la *generosidad cubre todos los defectos*, se halla verificado en Mehanna, cuya liberalidad es lo único que hace llevaderos los defectos de Nasser.

Poco despues de este suceso fuimos a acamparnos a tres horas del Oronte, en un terreno llamado el Zididi, donde se hallan varios pequeños manantiales.

Habiendo ido un dia Mehanna con diez ginetes a hacer una visita al agá de Homs, volvió cargado de regalos de todos los comerciantes, que quieren tenerle contento, porque cuando no lo está, intercepta el comercio despojando a las caravanas. Inmediatamente despues de su vuelta, salió Nasser para una expedicion contra la tribu Abdelli, mandada por el emir el Dogniani, y acampada junto a Palmira en dos cerros de forma igual, llamados Eldain (los pechos), y a los tres dias volvió, trayéndose ciento cincuenta camellos y doscientos carneros. En esta ocasion perdimos tres hombres y a Zamel le mataron la yegua que montaba; en revancha, cogimos tres yeguas, matamos diez hombres y herimos a unos veinte. A pesar de este triunfo, los beduinos estaban indignados de la mala fé de Nasser, que no tenia ningun motivo de odio contra aquella tribu.

Por todas partes se concertaban las tribus con el Drayhy para destruir á la tribu El Hassné, y habiendo llegado esta noticia al emir Douhi, jefe de la tribu Would Ali, pariente y amigo íntimo de Mehanna y que, como él está obligado á escoltar la gran caravana, llegó un dia con treinta ginetes, á avisarle del peligro que le amenazaba. Los principales de la tribu salieron al encuentro de Douhi; cuando este entró en la tienda, pidió Mehanna el café, pero el emir le detuvo y le dijo:

—“¡Mehanna, ya está bebido tu café! No vengo aquí á beber ni á comer, sino á prevenirte que la conducta de tu hijo Nasser Bajá (título que le dababa por escarnio) trae la destruccion sobre tí y los tuyos; sábeta que todos los beduinos han formado una liga y van á declararte una guerra á muerte.”

Mehanna mudando de color, exclamó:

—“¡Mira! ¿estás contento, Nasser? ¡tú serás el último de la raza de Melkghem!”

Nasser, lejos de ceder respondió que haria frente á todos los beduinos y tendria el auxilio de 20,000 osmanlis, lo mismo que el de Molá Ismael, jefe de la caballería curda que lleva el chacó. Douhi pasó la noche procurando disuadir á Nasser, de sus proyectos sin poder conseguirlo; al dia siguiente partió, diciendo:

—“Mi conciencia me prohíbe unirme á vosotros.

“ El parentesco y el pan que hemos comido juntos
 “ me prohiben declararos la guerra; ¡adios! os dejo
 “ con sentimiento.”

Desde aquel momento empezamos á pasarlo muy mal con los beduinos, y no podíamos dejarlos porque todos los que se alejaban de las tiendas eran asesinados.

Todo era ataques por una y otra parte, cambios de campamento imprevistos, para ponerse mas en seguridad;—alarmas, represalias, continuas disputas entre Mehanna y su hijo; pero el anciano era de un carácter tan bondadoso y crédulo que Nasser acababa siempre por persuadirle que tenia razon.

Mil rasgos nos contaron de su sencillez, y entre otros, que estando en Damasco mientras que Youssef Bajà, gran visir de la Puerta, tenia allí su corte de vuelta de Egipto, despues de la partida de los franceses, Mehanna se presentó á él comb todos los grandes; pero poco al corriente de la etiqueta turca, se llegó á hablarle sin ceremonia, haciéndola el saludo de los beduinos, y se sentó en el divan á su lado sin esperar à que se le invitase á ello.

Youssef, igualmente, poco acostumbrado á las costumbres de los beduinos, é ignorando la dignidad de aquel viejecito mal vestido que le trataba tan familiarmente, mandó que le echasen á la calle y le cortasen la cabeza.

Preparábanse ya los esclavos á ejecutar esta órden cuando exclamó el bajà de Damasco:

—“¡Teneos! ¿qué vais à hacer? Si cae un pelo de
 “ su frente, nunca podreis, con todo vuestro poderío,
 “ enviar una caravana á la Meca.”

Inmediatamente dió contraórden el visir y le sentó á su lado; dióle el café, le hizo poner un turbante de cachemira, un rico gombaz (ropon), una pelliza de honor, y le presentó mil piastras.

Mehanna, sordo y sin entender el turco, no sabia que era aquello que pasaba; pero quitándose sus lujosas ropas, se las dió á tres de sus esclavos que le habian acompañado.

Hízole preguntar el visir por el dragoman si no estaba contento de su regalo, á lo que respondió Mehanna:

—“Decid al visir del sultan que nosotros los beduinos no procuramos distinguirnos por la buena
 “ ropa; yo voy mal vestido, pero todos los beduinos
 “ me conocen, y saben que soy Mehanna el Zadel,
 “ hijo de Melkghem.”

El bajà, por no enojarle, afectó reir y estar muy contento de él.

En fin se pasó el verano. En el mes de Octubre, la tribu se halló en las cercanías de Alepo.

Mi corazon latia de gozo de hallarme tan cerca de mi patria; pero con arreglo á nuestras condiciones ni aun podia dar noticias mias á mis amigos.

Jeque Ibrahim deseaba ir à pasar el invierno á Damasco, y ningun beduino se atrevia á condu-

cirnos á esta ciudad; con sumo trabajo conseguimos hacernos escoltar hasta un pueblo á dos dias de Alepo, llamado Soghene (*la caliente*). Los hospitalarios vecinos se disputaron el placer de recibirnos; un baño caliente natural ha dado su nombre al pueblo, y la hermosura de sus habitantes debe atribuirse a la bondad de sus aguas termales.

De allí pasamos á Palmira, con un trabajo de que nos indemnizó el placer de volver a ver a jeque Ragial. Despues de pasar quince dias con nuestros amigos, salimos de nuevo para Corietain donde jeque Selim y el cura Moussi nos recibieron con un verdadero interes; no se cansaban de escuchar nuestras historias sobre los beduinos.

Jeque Ibrahim respondia á su amistoso desvelo por nuestros asuntos, diciendo que nuestra especulacion iba á las mil maravillas, que habiamos ganado mas de lo que esperábamos, — miéntras que verdaderamente, entre las pérdidas y los regalos, no nos quedaba ya nada mas que las mercancías en depósito en casa de Mousai.

Treinta dias perdimos en Corietain organizando nuestra partida.

El invierno avanzaba rápidamente, y nadie se atrevia a darnos cabalgaduras, convencidos de que seriamos despojados en el camino: en fin, jeque Ibrahim compró un mal caballo, yo alquilé un burro, y con un tiempo detestable y un viento glacial,

salimos acompañados de cuatro hombres á pié para la aldea de Dair Antie. Al cabo de algunas horas, llegamos a un desfiladero entre dos montañas, llamado Beni el Gebelain: en este punto llegaron sobre nosotros veinte ginetes beduinos: nuestros conductores, lejos de defendernos, esconden nuestras escopetas y permanecen inmóviles espectadores de nuestro desastre; los beduinos nos roban y no nos dejan mas que la camisa. — Imploramos la muerte mas bien que el que nos dejen de aquel modo espuestos al frio: al fin, compadecidos de nuestra situacion, tuvieron la generosidad de dejarnos a cada uno un gombaz; por lo que hace a nuestros rocines, eran harto malos para tentarlos, pues como apenas podian andar, los hubieran retrasado inútilmente en su carrera. — Continuamos tristemente nuestro camino; la noche se echaba encima, y el frio que era excesivo, pronto nos hizo perder el uso de la palabra: teniamos los ojos encendidos y el cútis azul; al cabo de poco tiempo caí al suelo desmayado y helado. Jeque Ibrahim hacia ademanes de desesperacion a los guias, sin poder hablarles; uno de ellos, siriaco cristiano, se compadeció de mí y de la afliccion de Jeque Ibrahim, tira al suelo el caballo medio muerto tambien de frio y de cansancio, le mata á palos, le abre el vientre y me mete sin sentido en su piel, no dejándome mas que la cabeza fuera. Al cabo de media hora, volví en mí, muy asombrado de sentirme resucitar y de verme en se-

mejante postura: el calor me volvió el uso de la palabra y dí las mas espresivas gracias a jeque Ibrahim y al buen árabe; cobré brios y saqué fuerzas para andar. Poco despues nuestros guías gritaron:

¡El pueblo! ¡el pueblo! y entramos en la primera casa, que era la de un herrero, llamado Hanna el Bitar, quien se tomó el mas vivo interes por nuestra situacion, se dió prisa a cubrirnos a ambos de estiércol de camello, y nos dió, gota a gota un poco de vino; habiendo reanimado así en nosotros la fuerza y el calor, nos sacó de nuestro estercolero nos metió en la cama y nos hizo tomar una buena sopa.

Despues de un descanso indispensable, tomamos prestadas doscientas piastras para pagar a nuestros guías y pasar a Damasco, adonde llegamos el 23 de Diciembre de 1810.

M. Chabassan, médico francés, el único Franco que habia en Damasco, nos dió la hospitalidad; pero como debiamos pasar allí el invierno, nos establecimos mas adelante en el convento de los lazarristas, que estaba abandonado.

No describiré la célebre ciudad Scham (1) (Damasco), la puerta de la gloria (Babel Cahbé) como la llaman los turcos. Nuestra larga residencia nos ha facilitado el conocerla á fondo; pero la han vi-

(1) Scham significa sol.

sitado y descrito demasiados viajeros para ofrecer un interés nuevo. Vuelvo à mi relacion.

Un dia, estando en el bazar, pasando el tiempo á la usanza turca, vemos llegarse á nosotros un beduino que nos abraza diciendo: ¡No reconoceis á vuestro hermano Hettal que ha comido vuestro pan en Nouarat-el-Nahman?

Contentísimos del encuentro, le llevamos á nuestra casa, y habiéndole obsequiado é interrogado bien, supimos que las cosas de la tribu Hassné ban muy mal, y que la liga contra ella se estendia cada dia mas. Hettal nos contó que era de la tribu de Would Alí, á cuyo gefe Douhi conociamos. Esta tribu pasa el invierno en los territorios de Sarka y de Balka, se estiende desde el pais de Ismael hasta el mar Muerto y vuelve al Horan a la primavera. Propúsonos visitarla, respondiendo de nosotros, y prometiéndonos un buen despacho de nuestras mercancías, y habiendo nosotros aceptado, quedamos convenidos en que vendria hácia el mes de Marzo.

Jeque Ibrahim, habiendo recibido de Alepo, por conducto de M. Chabassan, un *group* de mil *talarís*, me hizo hacer nuevas compras; hechas que fueron se las enseñé preguntándole si nos quedaria algo á la vuelta.

“Querido hijo, me respondió, el conocimiento de cada caudillo de tribu me produce mas que to-

“ das mis mercancías; tranquilízate, tú también
 “ obtendrás tu beneficio en dinero y en reputacion,
 “ serás famoso en tu siglo; pero es preciso que yo
 “ conozca à todas las tribus y á sus caudillos.
 “ Cuento contigo para llegar hasta el Drayhy, y
 “ para eso es preciso absolutamente que pases por
 “ beduino. Déjate crecer la barba, vístete como
 “ ellos é imita sus usos. No me pidas ninguna
 “ esplicacion; acuérdate de nuestras condiciones.”
 “ Denos Dios fortaleza,” fué mi sola respuesta

Veinte veces estuve à punto de abandonar una empresa cuyos peligros todos veía sin conocer su objeto. Aquel silencio impuesto, aquella obediencia ciega, me eran insoportables; sin embargo, el deseo de llegar al resultado y mi cariño al señor Lascaris me hicieron armarme de paciencia.

Habiendo llegado Hetall en la época convenida con tres camellos y dos guías, partimos el 15 de Marzo de 1811, un año y veintiocho dias despues de nuestra primera salida de Alepo. Hallábase entónces la tribu en un sitio llamado Misarib, à tres jornadas de Damasco. Nada notable nos sucedió en el camino; pasamos las noches a cielo raso, y el tercer dia, al ponerse el sol estábamos en medio de las tiendas de Would Ali, que presentaban un golpe de vista encantador. Cada tienda estaba rodeada de caballos, camellos, cabras y carneros, con la lanza del ginete clavada a la entrada; la del emir Douhi

se elevaba en el centro. Recibiéronos este con el mayor agasajo, y nos hizo cenar con él; es hombre de mucha cabeza, igualmente temido y querido de los suyos. Tiene bajo su dominio cinco mil tiendas y tres tribus que se han unido a él, —a saber, la de Benin Sakhrrer, la de El Serham y la de El Sarddié. Ha dividido a sus guerreros en compañías ó destacamentos, mandados cada uno por uno de sus parientes.

Los beduinos gustan mucho de oír historias y cuentos despues de cenar: he aquí una que nos contó el emir, y que pinta bien el sumo cariño que tienen a sus caballos y el amor propio que les causan sus buenas cualidades.

Un hombre de su tribu, llamado Giabal, tenia una yegua muy afamada. Hassad-Bajá, que era a la sazón visir de Damasco, le hizo por ella en varias ocasiones todas las ofertas imaginables, pero inútilmente, porque un beduino quiere tanto a su caballo como a su muger. Hizo el bajá amenazas que tampoco sirvieron de nada, y entonces se le presentó otro beduino llamado Giafar, quien le preguntó cuánto daría á quien le llevase la yegua de Giabal.

—“Llenaré de oro tu morral de cebada,” respondió Hassad, [que miraba como una afrenta no haber logrado su propósito.

Y como se descubriese esta conversacion, Giabal ataba su yegua de noche por el pié con una argolla

cuya cadena entraba en su tienda, sujeta a una estaca hincada en el suelo debajo del fieltro que les servia de cama a él y a su muger. A media noche penetra Giafar a rastras en la tienda, y deslizándose entre Giabal y su muger, empuja suavemente ya a uno ya a otro: el marido se creia empujado por la muger, y la muger por el marido, y ambos se hacian à un lado.

Entonces Giafar, con un cuchillo bien afilado, hace un agujero en el fieltro, saca la estaca, suelta a la yegua, monta en ella, y cogiendo la lanza de Giabal, le pincha levemente con ella, diciendo:

—Yo, Giafar, soy quien se lleva tu hermosa yegua; te lo aviso con tiempo,—y parte.

Giabal se precipita fuera de la tienda, llama à sus amigos, toma la yegua de su hermano, y por espacio de cuatro horas persiguen a Giafar. La yegua del hermano de Giabal era de la misma sangre que la suya, aunque menos bella.—Dejando atras a todos los otros ginetes, estaba ya a punto de alcanzar à Giafar, cuando grita a este:

—“Pellízcale la oreja derecha y métele el es-
“tribo.”

Giafar obedece y parte como un rayo, con lo que se pierde toda esperanza de alcanzarle. Los otros beduinos echan en cara à Giabal que él mismo es causa de la pérdida de su yegua (1).

(1) Cada beduino acostumbra à su caballo à una seña que

—“Prefiero perderla, respondió, à mancillar su reputacion. ¿Queriais que dejase decir en la tribu Would-Álí (1), que otra yegua ha dejado atras à la mia? Me queda a lo menos la satisfaccion de que ninguna otra ha podido alcanzarla.”

Volvióse a su tienda con este consuelo, y Giafar recibió el galardón de su destreza.

Otro nos contó que en la tribu de Neggde, habia una yegua tan famosa como la de Giabal, y por cuya posesion estaba como loco un beduino de otra tribu, llamado Daher; despues de haber ofrecido en vano por ella sus camellos y todas sus riquezas, discurrió teñirse la cara con zumo de yerba, vestirse de andrajos, atarse el cuello y las piernas como un mendigo estropeado, é ir así à esperar à Nabec, el dueño de la yegua, à un camino por donde sabia que habia de pasar. Cuando le vió cerca, le dijo con voz desfallecida:

—“Soy un pobre extranjero; tres dias hace que no he podido moverme de aquí para ir à buscar mi sustento. Voy a morir; socorredme, y Dios os premiará.”

le hace desplegar toda su velocidad. No hace uso de ella mas que en un grave peligro, y no se la confia ni aun à su hijo.

(1) Tribu cuyos caballos son los mas famosos entre los beduinos.

El beduino le propone que suba a las ancas y le llevará a su pueblo; pero el bellaco responde:

—“No puedo levantarme, no tengo fuerzas.”

El otro, lleno de compasion, se apea, acerca su yegua y le monta en ella con muchísimo trabajo;—pero apenas se halla firme en la silla, Daher mete a la yegua los talones en los hijares y parte diciendo:

—“Yo, Daher, soy quien te la he quitado y me la llevo.”

El dueño de la yegua le grita que escuche; seguro de no poder ser perseguido, el otro se vuelve y se para a cierta distancia, porque Nabec iba armado con su lanza. Este le dice:

—“Me has robado mi yegua. Pues Dios lo ha querido así, te deseo prosperidad; pero te ruego no digas á nadie como la has obtenido.”

—“¿Y por qué? pregunta Daher.”

—“Porque otro podria estar realmente enfermo y quedarse sin socorro; tú serias causa de que nadie volviese a hacer una sola obra de caridad, por miedo de ser burlado como yo.”

Conmovido por estas palabras, Daher reflexiona un momento, se apea de la yegua y se la vuelve á su dueño abrazándole. Este le llevó á su casa, pasaron juntos tres dias, y se juraron fraternidad.

Jeque Ibrahim estaba embelesado con estas historias, que le hacian conocer el carácter y la generosidad de los beduinos.

La tribu de Douhi es mas rica y menos rapaz que la de Mehanna; sus caballos son mas hermosos. Quince dias pasamos entre ellos. Jeque Ibrahim hizo regalos a todos los gefes, y vendió algunos artículos a las mugeres para sostener nuestro papel de mercaderes; luego partimos para visitar á los tres jeques tributarios del emir Douhi.

Jeque Ibrahim me dijo que no tenia otro interes en quedarse entre los beduinos que el de darme ocasion de estudiar mejor su lengua y costumbres;—que era preciso, *para su comercio*, llegar hasta el drayhy,—pero que era preciso que yo tomase apuntes esactos de sus nombres y de su número, que le era importante conocer.

Su modo de hablar es muy difícil de adquirir, aun para un árabe, aunque en el fondo es la misma lengua: Dedicuéme a este estudio y no sin éxito: tambien obtuve en el discurso de nuestros largos viages el nombre de todos los jeques, y la estadística de todas sus tribus, cosa que nunca habia podido hacerse hasta entonces: al fin de mi viage daré su lista.

Las tribus numerosas tienen muchas veces que dividirse en destacamentos de doscientas y quinientas tiendas, y que ocupar un gran espacio para